

# Jean Meyer

## El tigre de Alica



A cien años de su muerte, el personaje Manuel Lozada sigue siendo objeto de polémica, tema de actualidad y asunto difícil de entender y estudiar. El domingo de Ramos de 1873 un gran diario de Guadalajara denunciaba con palabras vehementes al traidor Lozada, culpable de venderse al Imperio impuesto a punta de bayonetas galas, después de haber prestado servicios mercenarios a negociantes contrabandistas, siempre adicto a la causa clerical de la reacción.

En ciertos círculos, Manuel Lozada es casi un desconocido, pero eso no importa. ¿No tenemos acaso visiones fulgurantes, románticas, que desentierran las sombras de los bandidos de Schiller, de personajes de la antigüedad romana tales como Espartaco, que se funden con escenas nacionales y con campeones como Cajeme y Zapata?

Hay una leyenda de Manuel Lozada; una leyenda que habla del amor imposible entre el joven peón y la niña decente; de inútiles castigos impuestos por malvados; el trovador evoca a la madre anciana golpeada, flageada por el capataz endemoniado. La fatalidad está en camino; Manuel no puede hacer más que vengar el agravio y remontarse a la sierra, bandido y justiciero. Robin Hood, el Zorro, Mateo Falcone, Salvatore Giuliano y otros han pasado por semejante trance, donde el héroe se forja y consolida.

El enviado del emperador Maximiliano se arriesga y entra al territorio del Tigre de Alica. Veinte años han pasado y Manuel Lozada impera sobre un amplio territorio del occidente de México,

desde Mascota a Acaponeta y desde San Blas a Colotlán, para entregar a Lozada una espada y otras condecoraciones. El enviado dejó un relato que habrá perdido seguramente mucho sabor para las generaciones que no han sido criadas en el culto de la República romana y de sus virtudes, por desgracia inseparables de la lengua latina. Después de larga caminata llega el enviado cerca del pueblo de San Luis y, limpiándose el sudor, detiene su caballo para preguntar a un campesino vestido de manta blanca que en esos momentos batalla detrás de su yunta para abrir el surco en una tierra difícil:

—Ave María Purísima... Buen hombre, ¿podría indicarme el camino para llegar a la casa del general Manuel Lozada?

El labrador contesta: "Dios lo tenga a usted bajo su santa guardia... Aquí tiene a su servidor Manuel Lozada. ¿En qué puedo servirle?" Admirado se quedó el mensajero, pero más admirado aún se quedó el Habsburgo romántico y soñador, quien seguramente tuvo envidia del Tigre de Alica, del Cincinnato de Nayarit. Y es tiempo de evocar al arzobispo de Guadalajara huyendo de la pesada, de la onerosa protección del joven macabeo Miramón, para refugiarse a la sombra del "fanático Lozada"; al prófugo e infortunado conspirador Porfirio Díaz buscando vanamente el apoyo del poderoso Lozada. Pero más que estas escenas gloriosas nos complace el espectáculo del jefe de los pueblos de Tepic pescando con dinamita en los ríos de la sierra. No escapó de la suerte que les toca



a los coheteros: un accidente lo dejó tuerto, tullido de un brazo. "Hoy estoy inservible —decía— sin ver lejos, sin distinguir de cerca, sin ser dueño de montar a caballo con libertad. Si estuviera bueno de la vista y de la cabeza, nada se necesitaría, pero te digo que la vista y la cabeza me hacen mucha falta." La mano no importaba.

Todo terminó, como en la leyenda, por una traición. Lozada fue vendido por uno de sus hombres, después de haber sido abandonado por sus compañeros de hazañas; fue sorprendido desarmado, mientras se bañaba en un río con sus últimos soldados.

¡Ay, Lozada! te vendieron  
a los hombres de Jalisco.  
¡Ay, Praxedis! ¡Ay, Domingo!  
la traición está en su frente.  
¡Los entierran hoy en vida  
con su fama de valientes!

Lo trajeron a Tepic montado en mal caballo, un pie calzado con un botín y el otro con huarache. Todo el pueblo, silencioso, aglomerado en las calles, lo veía con asombro. Fue juzgado, si es que se puede hablar de juicio, y condenado a muerte. Pidió un sacerdote y pasó devotamente la noche en oración después de haber hecho su testamento. A las seis de la mañana fue fusilado en las Lomas de Los Metates. Murió tranquilamente, después de decir a sus soldados: "Mi muerte ha sido mandada por el gobierno porque así lo quiere Dios. Tengo la conciencia tranquila; jamás hice mal a nadie; no me arrepiento de lo que he hecho; mi intención era procurar el bien del pueblo. Si la desgracia en adelante se apodera de estos pueblos, la culpa es de muchos, no mía". Unas mujeres lo vistieron de franciscano y lo velaron. Así termina la película que no se ha rodado sobre la vida y muerte de Manuel Lozada.

Manuel Lozada no pertenece solamente a la literatura (y ha sido resucitado en forma estupenda por Mariano Azuela en *Los precursores*, obra histórica que no se reconoce como tal solamente por la elegancia del autor, quien dejó las notas de pie de página en el tintero) y a la leyenda; no es solamente una figura espectacular y mitológica; Lozada es el hombre de un problema, de una situación, de un momento: el problema de la tierra y del despojo de los pueblos en la primera mitad del siglo XIX. "Mi parecer es que los pueblos entren en posesión de los terrenos que justamente les pertenecen con arreglo a sus títulos para que, en todo tiempo, se ventile esta cuestión, se convenzan el gobierno y los demás pueblos del país de que, si se dio un paso violento, no fue para usurpar lo ajeno, sino para recobrar la propiedad usurpada, de manera que el fin justifica los medios" —decía.

La tragedia del momento son las guerras de Intervención, de Reforma, es el Imperio y la República Restaurada (1854-1873) y de la situación nace la oportunidad aprovechada por un hombre quien pasa así del bandolerismo y del mercenarismo a la historia.

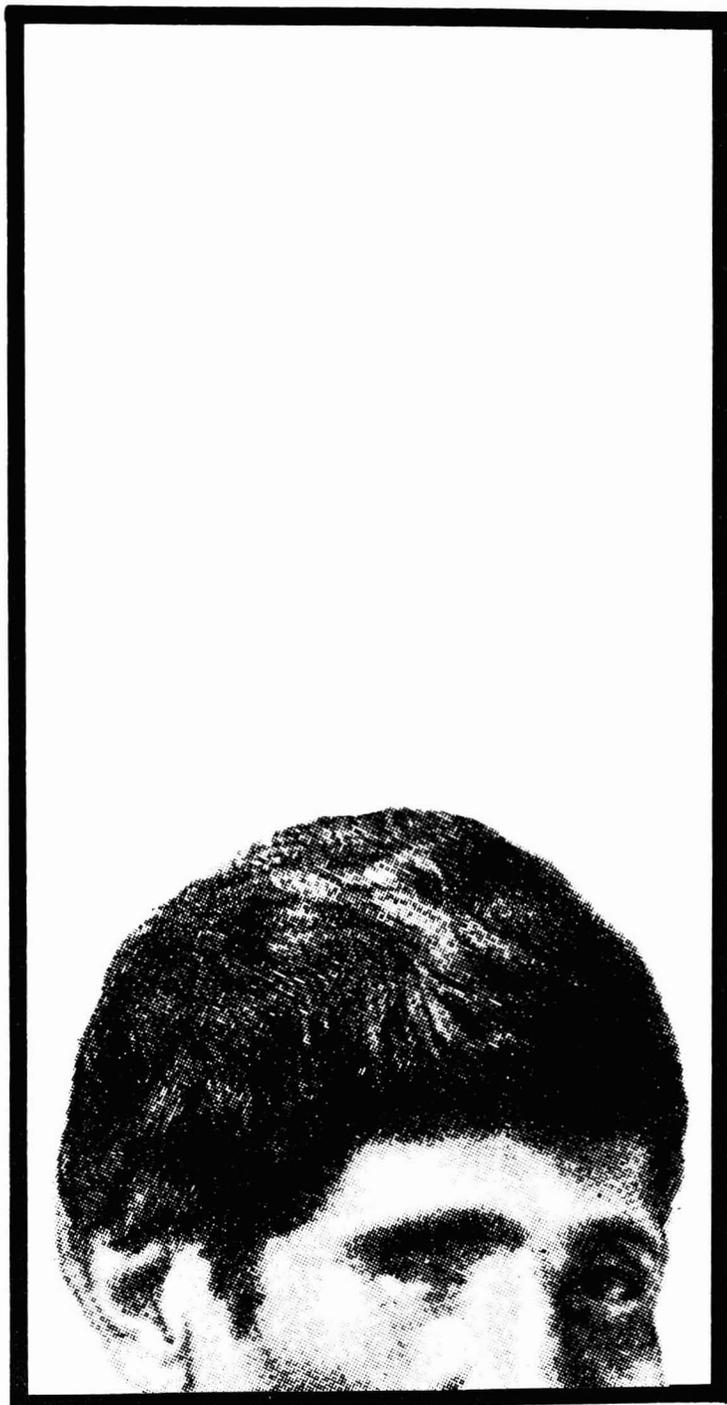


Su fabuloso oportunismo no es más que expresión del interés bien entendido de los pueblos - la causa de la nación (¿qué es la nación mexicana en esas fechas para los hombres que no pertenecen a los 20,000 que forman la clase política? Lozada tiene razón cuando habla de "el gobierno y los demás pueblos del país") no es la de los pueblos. Más bien son causas contrarias cuando tanto la nación liberal como la conservadora vive la necesidad de destruir a los pueblos.

Lozada será entonces liberal, conservador, neutral, imperialista, neutral otra vez cuando ve próxima la caída del imperio; se arregla con Juárez, y si no puede hacer otro tanto con Lerdo, es que los tiempos han cambiado y los oráculos han decidido la muerte de Lozada y de su reino, última trinchera de los pueblos de Nayarit.

Su estrategia se funda en las oposiciones entre Tepic y Guadalajara, Guadalajara y México, entre los liberales y los conservadores, entre Plácido Vega, caudillo del Noroeste y Ramón Corona, caudillo del Occidente. Su fuerza es doble: la militar se debe a la movilización de los pueblos guerreros de la sierra que pone al servicio de los pueblos trabajadores abajeños; la fuerza política existe mientras el dominio de Lozada sirve a los intereses de las principales familias de Tepic. La base política no puede ser tan firme como la militar y la Casa Barrón and Forbes terminará por participar en la coalición de las fuerzas locales, regionales y nacionales contra Lozada. Esa Compañía nos lleva muy lejos de Tepic, hasta México (la heredera única se casa con un Escandón, a la otra generación los descendientes contraen matrimonio con un Limantour) hasta Sonora y San Francisco, y hasta Londres, donde especulan con la plata mexicana que se saca ilegalmente por San Blas. El tráfico basado en los diferentes precios de la plata en los diversos mercados hubiera podido ser controlada por el gobierno, que trataba de lograrlo desde tiempos de Santa Anna. ¿Qué mejor manera de lograr la evasión que la propiedad privada de un puerto? San Blas era ese puerto. Al principio, los señores Barrón y Forbes usaban su cualidad de agentes consulares anglosajones y utilizaban los buques de guerra ingleses; luego apoyaron a Lozada, viendo que la autonomía del cantón podía significar la libertad de usar San Blas para sus negocios. Pero cuando Lozada empezó a quitarles las tierras que sus haciendas habían quitado a los pueblos, cambiaron de parecer. Así que, tomando el hilo de Lozada, llegamos al ovillo de toda la historia nacional e internacional.

De los rasgos particulares de su fuerza militar nace la imputación, vigente hasta la fecha, de racismo. Se acusa a Lozada de fomentar la guerra de castas, del exterminio de blancos y mestizos por los indios. José María Vigil denunciaba al "bárbaro rencoroso, ignorante y fanático" atacando por su base el derecho de propiedad y provocando una guerra de castas. Lozada "pretendía tener de aliada a la clase indígena, y para obtener su alianza la halagaba abogando, ya fuese por convicción o cálculo, en favor de los prin-





cipios religiosos y prometiendo repartir los terrenos entre los miembros de la misma clase, quitándolos a sus actuales propietarios”.

Lozada supo utilizar a los serranos guerreros para movilizar a los campesinos abajeños ya mestizados o aculturados. Las tribus guerreras no habían perdido sus tierras, pero tenían presente la independencia, recientemente obtenida, y un modo de vivir antiguo; por otra parte, los pueblos agricultores sí deseaban recobrar sus tierras, pero no sabían ni podían pelearlas. El genio de Lozada se manifestó al sellar la alianza entre nómadas, combatientes y campesinos despojados, de hacer coexistir en la misma lucha el Nayar y la defensa de la tierra.

La sierra no había reconocido ninguna autoridad hasta 1727, cuando se firmaron las capitulaciones ante el virrey marqués de Valero y el hueytlacatl de Nayarit. Fue entonces cuando por primera vez los españoles entraron al corazón del Nayar, donde tuvieron que sostener sangrientas luchas con numerosos coras y huicholes, inconformes con el Tratado.

La sierra había sido refugio seguro para todos los perseguidos por la autoridad española, y de ella bajaban las tribus nayaritas a hostilizar las haciendas, ranchos y minas de los españoles, y poblados indígenas pacíficos, vedaban la entrada a todo forastero que no les fuera grato, pero comerciaban libremente con las poblaciones abajeñas. Ocupada la mesa de Nayar, metrópoli sagrada, y quemados los adoratorios, los jesuitas comenzaron su labor, alabada por el padre Ortega, en sus *“Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en la América Septentrional”*. La expulsión de la Compañía de Jesús no agradó a los serranos tephuanes, coras y huicholes, quienes rechazaron a los sacerdotes seculares que se les quiso mandar. Volvieron así a su autonomía y escaparon a todo control durante un siglo, llegando a conseguir, hasta ahora, una originalidad cultural incontestable. Nómadas y guerreros eran muy diferentes de los indios que vivían en los pueblos fundados y sometidos entre 1530 y 1630, formaron la punta de lanza del ejército de Lozada y le dieron sus victorias, aunque también su participación explica su fracaso final. Los serranos formaban pueblos divididos entre sí, y excepcionalmente unidos por Lozada; incluso dentro de los linajes no había cohesión, y la falta de confianza entre los diversos grupos era muy grande. Con todo, coras y huicholes fueron los últimos fieles a Lozada. Es que Lozada los gobernaba como a nación separada y no reconocía sino por fórmula a las administraciones generales cuando le convenía. Cuando era atacado “se oía resonar entonces de uno a otro extremo del Distrito el grito de alarma y el indio empuñaba el fusil, se posesionaba de una roca para defender a su territorio con arrojo, con la decisión, con el fanatismo del que ve profanado su suelo por planta extranjera. Los pueblos se reunían en asambleas y allí acordaban los puntos principales de su política, teniendo al mismo tiem-



po una organización militar que reconocía como centro el llamado Cuartel General de San Luis”.

Trabajando así, Lozada fue capaz de devolver a los pueblos de Acaponeta, Mezcaltitán, Tuxpan, Sentispac, Santiago Ixcuintla, Atanalisco, San Andrés, Pochotitán, Guajimic, Mecatlán, Tepic, San Luis, Jalisco, Zoquiapan, Ixtapa, Compostela, Tequepespan, Hostotipaquillo, Jomulco y otros al sur del río Santiago, las tierras que habían litigado en el siglo XVIII y perdido entre 1800 y 1860 “ejecutando (dice el gobernador Vallarta en 1873) la más escandalosa y arbitraria expropiación territorial”.

El reino de Lozada duró quince años y no pudo evitar la derrota final cuando se disociaron los elementos diversos que lo formaban. Un buen día la gente decente de Tepic, asegurada de escapar a la dominación de Jalisco, ya que así le convenía al gobierno federal, sintió que era innecesario y peligroso el dominio del “forajido comunista”. La Casa Barrón and Forbes y el caudillo Ramón Corona tenían cuentas personales que arreglar con Lozada, y el presidente Lerdo de Tejada decidió dar el golpe para terminar con el cacique sin dejar la gloria a Corona, posible rival. Confesaba que

“la paz y el orden reinaban en Tepic, que podía servir de modelo a varios Estados, pero que no por eso se podía considerar legal el orden de cosas allí establecido, por su origen intruso e inconstitucional”. Lozada debía morir y las comunidades perder sus cofradías, ejidos, tierras de pan llevar y hasta fundo legal.

¿Habría Lozada, como Zapata o Giuliano en otros tiempos, logrado sacar las castañas del fuego para los enemigos de los pueblos? ¿Quién se benefició con su sacrificio? La burguesía comerciante de Tepic, que vio al 7o. Cantón de Jalisco transformarse en Estado Libre y Soberano de Nayarit.

Lozada nos legó una imagen inservible, inutilizable, inasimilable que implica el festejo oficial y espectacular en el centenario de su muerte. Lozada sigue siendo un cacique fanático, vendido al extranjero; de su defensa de los pueblos vale más no hablar. Cuando se abren zanjas en las calles de Tepic para poner tubería, los buscones de tesoros creen encontrar los de Lozada por todos lados. Los descendientes del general Ramón Corona han heredado las tierras del pueblo de Lozada, San Luis, hoy San Luis Lozada, pero no se arriesgan a visitarlas, ya que “los indios de San Luis” siguen el pleito.

